

MSS 385
954/1264
c.1

Lunes 20 de Enero de 1919

LA REPUBLICA MAXIMALISTA AMERICANA

Los maximalistas rusos suelen tener ideas geniales.

Pasaremos por alto sus teorías sobre el patriotismo, la propiedad, el capital, la industria y la libertad humana, que han dado como fruto la derrota y desmembramiento del país, el hambre de todos sus habitantes y la prisión o el asesinato de la parte más culta de la población. Nada diremos tampoco de la ley sobre nacionalización de la mujer y amor libre obligatorio, que conmina con graves penas a toda mujer que sea honrada o que pretenda serlo, según han dado cuenta los telegramas de ayer.

Hay algo infinitamente más original, y es la idea de establecer la república maximalista americana.

Las noticias de Argentina dan cuenta, en efecto, del descubrimiento hecho por la policía bonaerense de una organización rusa, dispuesta a establecer en nuestro continente un régimen semejante al de su patria, y que, sin consultar al pueblo de ninguna nación americana, había designado, ya, su futuro presidente y ministro de la guerra, ambos, por cierto, moscovitas.

¿Quiénes son los autores de este plan, digno del genio de Bolívar?

Unos cuantos emigrantes que, incapaces de ganarse la vida en su país, han venido a la América en busca de sustento, y pagan la hospitalidad que estas naciones les han dado, pretendiendo erigirse en tiranos de sus pueblos.

Ayer hemos publicado los retratos de los presuntos presidente y ministro de la guerra de la futura República Maximalista Americana. El primero es un joven soñador de 28 años de edad, y el segundo, un infeliz con todas las características del degenerado.

Ante estos dos emigrantes debían inclinarse, según el comité ruso bonaerense, el pueblo libre de Chile, de Argentina, de Brasil, en una palabra, de la mitad del nuevo mundo.

¿Y qué ofrecían estos cuantos extranjeros a la América, en cambio de su humilde sumisión?

La implantación del actual régimen ruso.

!Qué halagadora expectativa!

Rusia es, en estos momentos, un país derrotado, fraccionado y hambriento. Las tierras han dejado de ser labradas y de producir; las fábricas no trabajan; las industrias están muertas; faltan los medios de transporte; no existe orden ni seguridad ni respeto a la propiedad y a la vida de nadie; los propios revolucionarios se asesinan entre sí; la mayoría de la gente culta ha sido masacrada, y el resto de la población perece de hambre.

Jamás se había visto una nación en más tristes condiciones.

Si se propusiera a los negros del Congo o a los salvajes del archipiélago malayo, aplicar en su país un régimen semejante al de Rusia, rechazarían indignados la proposición.

Tanto más si se les dijera que iban a ser gobernados por individuos de una nación extraña, y ni siquiera por Lenin, por Trotzky u otros rusos que han logrado cierta notoriedad, aunque sea valiéndose del crimen, sino por lo más insignificante e inculto de toda esa nación.

Eso era, sin embargo, lo que los rusos, sorprendidos por la policía del Plata, pretendían ofrecer a la América del Sur, en cambio de su tiranía.

Fero no exigían esto sólo. Para llegar a establecer su fantástico gobierno, necesitaban del concurso de los propios obreros que habían de ser después sus súbditos; necesitaban que éstos desafiaran a los gobiernos establecidos, a la fuerza pública y a toda la población sensata de esas naciones; pretendían nada menos que llevarlos, como inconsciente carne de cañón, a sacrificar su vida ante las lanzas de la caballería o el fuego de las ametralladoras.

Y todo esto, ¿para qué? Para venir en seguida ellos a convertirse en sus déspotas, y someter a las libres naciones de la América a un régimen que ha dejado atrás, en Rusia, a la misma tiranía de los zares.

¿No es verdad que los maximalistas rusos suelen tener ideas realmente incomprensibles?

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile